

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 17 DE OCTUBRE DE 1901

NÚM. 569



Como bonita, es bonita;
como elegante, no hay más;
y para gastar dinero
tampoco tiene rival.

CHARLA



ESPONDO de que la noticia es cierta, escudándome con la seriedad de importantísimas publicaciones que la refieren.

Se trata de la solución de un problema de extraordinario interés para las clases de la sociedad que no cuentan con los recursos necesarios para la vida.

Gustavo Nagel se llama un joven de cabellera rubia y ojos azules como el cielo, que en la actualidad recorre la parte Sud de Alemania, sin sombrero, sin zapatos y desnudo de medio cuerpo arriba.

¡Sin casco y rota la malla!

Este ser original va predicando de pueblo en pueblo, invitando, á la vez, á que la humanidad imite su ejemplo, tanto en el *vestir* como en el comer, que consiste en frutas silvestres y forraje tierno.

El joven rubio demuestra, con su airosa presencia y con su especial desarrollo, que no son necesarias las alimentaciones fuertes ni las camisetas de lana con pelo por dentro.

Aquí tienen ustedes un adelanto tomado de nuestros primeros padres, y no hay que dudar que si se consiguiera el ideal del nuevo anacoreta llegaríamos á ser felices.

Viviríamos en el campo bajo un techo de hojas secas.

Esto nos evitaría la maldita presencia del casero.

Comeríamos el fruto que diera la tierra sin cultivar, que ya daría alguno, aunque fueran judías; porque sabido es el arraigo que esta semilla tiene entre nosotros.

Y con dos puñados de judías verdes como primer plato, unas enredaderas como ensalada y un manojo de hierbas aromáticas para postres, nos quedaríamos tan satisfechos.

Y luego en el vestir tendríamos otra gran economía.

¡Pobres sastres y modistas!

Esto sería vivir en Jauja.

Y para que se convenzan de la utilidad que esta reforma nos había de reportar, copio á continuación algunos párrafos de la última plática de Gustavo Nagel.

«Atended mis palabras, seguid mis consejos, y seréis felices. Las mismas plantas que os alimenten serán vuestro médico de cabecera; el sol, la lluvia y el aire os curtirán la piel, obteniendo de este modo un terno completo que os servirá para toda la vida, sin gastar un céntimo. Vuestro hogar será la Naturaleza; vuestro lecho el césped; vuestra compañera la mujer, sin más adornos ni afeites que sus propias formas. Podréis elegir compañera los hombres y compañero las mujeres, sin temor á sufrir decepciones después del lazo matrimonial.»

(Aquí los flemáticos alemanes prorrumpen en gritos de entusiasmo. Sobre todo los casados.)

«Creedme, repito, y seréis felices. Seguid mi ejemplo, y yo os prometo que antes de un año arrancaré á pedazos estos miserables pantalones que entumescen mis piernas, presentándome, al fin, tal como soy; como Dios me hizo.»

—¡Que se los quite!... ¡que se los quite!—gritan varias chicas alemanas.

«Aun no es tiempo,—contesta el apóstol;—sería precipitar los acontecimientos, y lo que es peor para la causa que predico, las autoridades me meterían en *chirona*.»

Mucho y muy sabroso podía seguir copiando de las pláticas de Gustavo; pero no me atrevo, por temor de parecerles pesado

Aunque crean ustedes que seduce esta mejora social y dan ganas de pensar en ella detenidamente, aunque sólo sea entornando los ojos y soñando con el lisonjero porvenir que ofrece.

Sería cosa de ver una familia, á la hora de comer, pastando en el campo como un rebaño de cabras.

Las chicas revolcándose sobre la fresca hierba después de la frugal comida.

Ya me parece que les estoy viendo gozar llevando á cabo una tarea que antes les producía cansancio y molestias.

Están lavándose la ropa, ó sea bañando sus cuerpos en las cristalinas aguas de un río.

Después se presentan frescas, hermosas y retozonas. Los purísimos rayos del sol les sirven de plancha para sus naturales galas, y después... ¡Oh! Después llega otro rebaño amigo que, como el anterior, se ha lavado la ropa, y allí los goces espléndidos llegan al *súmmum* de la felicidad y la dicha.

Nadie interrumpe la paz de los pueblos, que no son pueblos, sino corrales inmensos con rebaños sin perros ni pastor.

No hay gobierno que mande ni que haga simplezas.

No hay amo que moleste ni criado que sirva.

Sólo se venera en este mundo nuevo un escudo inmenso con unos pantalones rotos sobre un campo verde, muy verde.

Una cosa habría que, á mi modo de ver, labraría la infelicidad de algunos seres.

¿Qué iba á ser de las mujeres feas y mal formadas?

A esta pregunta también me contesta el sabio Gustavo en su última plática.

Dice que, siendo despreciadas estas mujeres en las primeras épocas, llegaría un tiempo en que sólo nacieran seres hermosos y perfectos.

¿Eh? ¿Qué les parece á ustedes?

Hasta Gustavo *el calavera*, digo, el anacoreta, opina que la mujer fea es una calamidad como otra cualquiera.

¿Encontrará este sabio quién tome sus consejos?

En Alemania no sé; pero aquí ya hay quién empieza á poner en práctica sus predicaciones.

Levántense ustedes una mañana temprano, paseen por la Rambla de Canaletas, y ya podrán ver á más de cuatro individuos con los pantalones próximos á desaparecer... á fuerza del uso.

JOAQUÍN ARQUES.



Grupo inspirado en la zarzuela *La Marcha de Cádiz*.

«Yo soy el pato, tú eres la pata», etc.

FANTASÍA

Si dentro de la tumba resta aun vida,
si se escucha en el nicho solitario
del mundo engañoso el vago ruido
y ven los ojos aunque estén cerrados;
si en las tranquilas y serenas noches
sueñan los muertos con lo que han dejado,
y recuerdan los seres tan queridos
que se encuentran por siempre abandonados;
y si de alegres y pesadas dichas
conservan los recuerdos siempre gratos,

y ven, en sueños, la mujer hermosa
á quien amaban entregarse al llanto,
dentro del nicho temblarán con miedo,
y las paredes con sus blancas manos
oprimirán. para salir en busca
de todo aquello que en el mundo amaron.
Y cuántas veces en la noche oscura
se oirá un rumor de voces y de llantos,
ecos de luchas que sostenga un muerto
por salir de su nicho funerario.

ARTURO G. CARRAFFA.

EXTRAVAGANCIA

Como colmo de extravagancia me lo contaron, y como tal se lo cuento yo á mis lectores. Si algunos lo conocen ya, que me dispensen, siquiera sea por lo *corto* que voy á ser. ¿Dónde fué? En Nueva York. ¿Dónde, si no?

Se trataba de una gran comilona que un opulento calavera daba á sus camaradas, para presentarles á su última querida.

Aquello había que festejarlo de un modo ruidoso; para lo cual engalanó uno de los más suntuosos salones de su palacio, repartiendo al propio tiempo más de doscientas invitaciones entre los más encopetados *juerguistas* de por allí.

Aquello prometía dejar tamañitas las más escandalosas bacanales de los dioses perdidos.

Pues bien: á la hora fijada para la fiesta, fueron llegando los convidados, dándose el caso rarísimo de que ninguno faltara á la cita.

La mesa ofrecía un aspecto deslumbrador, tanto por el exquisito gusto que en ella se observaba, como por la inmensa riqueza derrochada á manos llenas.

Nada faltaba allí para satisfacer el gusto más delicado; los mejores vinos se desbordaban en las copas; los manjares se sucedían sin interrupción...

La más franca alegría comenzó á brillar en aquellos rostros, macilentos antes por el continuo abuso de los placeres.

El licor iba haciendo su efecto, y aquel puñado de gente joven y casi gastada se animaba y vivía con esa fuerza incomparable que presta el vino al producir los primeros vapores.

Llegó el *champagne*, y allí fué el desbordamiento.

Los vivas al espléndido anfitrión atronaban el edificio.

Toda aquella turba de beodos de *buen tono* aclamaba con voces roncadas y destempladas al pagano de aquella fiesta.

Este se levantó de su asiento pesadamente, impuso silencio con un ademán, y el vocerío cesó por unos momentos

—¡Sois unos borrachos! —gritó, lanzando una carcajada de loco.

—¡Muy bien! —dijo uno.

—¡Y tú otro! —añadieron varias voces.

—¡Sois unos borrachos, repito, porque esta fiesta la doy en *honor* de mi nueva querida!

—¡Que se presentel!

—¡Que salga!

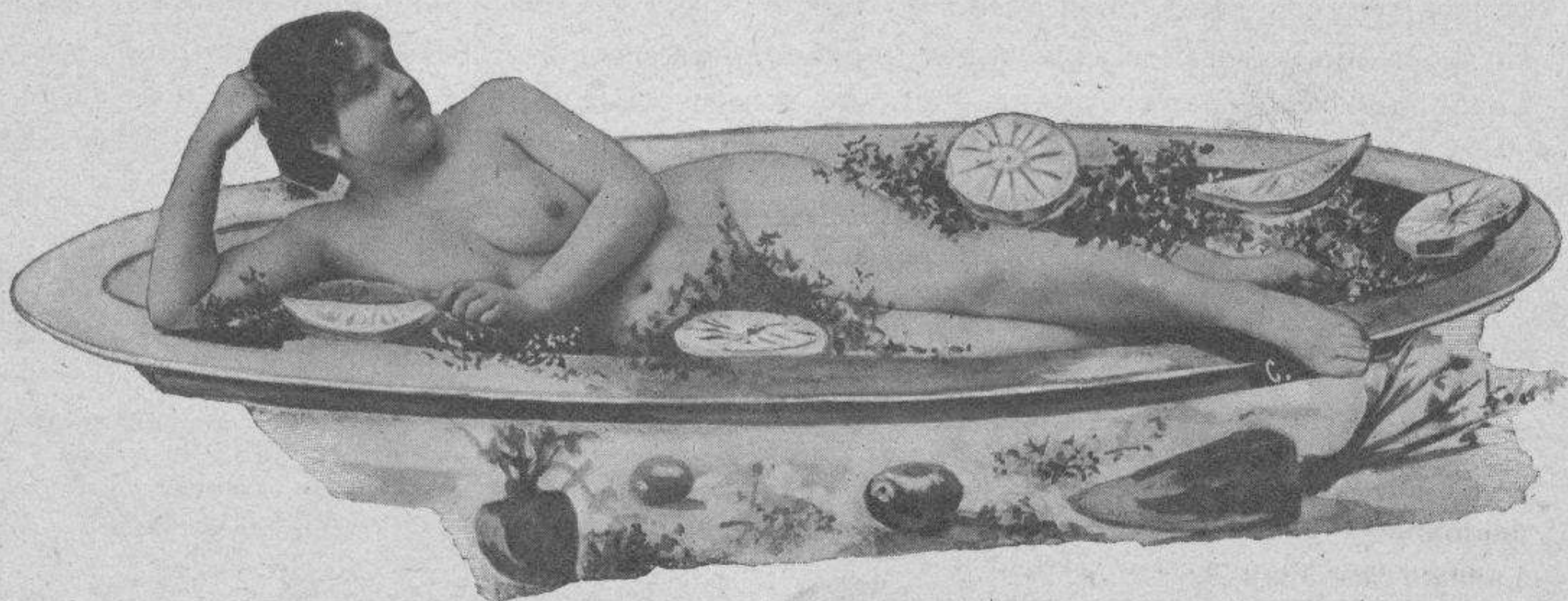
—¡Que me la traigan!

Así gritaban aquellos *malditos*.

El anfitrión continuó:

—¡Es el último plato que os voy á ofrecer!

Y, esto diciendo, se presentaron cuatro criados, dejando sobre la mesa una monumental fuente de plata con una hermosísima mujer desnuda.



Aquí el escándalo llegó al delirio. Y de tan extraordinario suceso se ocuparon los principales periódicos del mundo.

Lo que no he podido averiguar es si los doscientos convidados probaron el delicado manjar que se les ofrecía como último plato.

SILENO.

DOS CANTARES

No conocen ustedes la huerta de Valencia? Pues vengan conmigo y sabrán lo que es bueno; y, á la vez que admiran el espléndido paisaje donde la naturaleza se ofrece gallarda y lozana, verán á las bellas hijas de aquel fértil suelo, apreciando al propio tiempo su modo de querer.

Ya hemos llegado.

Quico y Tonica forman un grupo encantador, sirviéndoles de fondo la vieja fachada de una barraca y el pintoresco paisaje.

Los amantes (porque así lo verán ustedes en sus ojos), se



contemplan extasiados.

Quico, después de puntear en la guitarra, entona la siguiente copla:

De par en par está abierta
la puerta de tu barraca,
y cuando la mueve el viento
parece que dice: «Pasa».

—Pues no pasas, Quico,— dice Tonica, soltando una ruidosa carcajada.

—Pero, chica, ¡si lo dice la copla!— añade el muchacho.

—Bueno: pues no me vengas con coplas. Ya sabes que mi madre no está...

—Pues por eso.

—¡Eres muy tonto, Quico!

—Y tú muy sabia... ¡pero no me quieres ni un pimiento!

—¿Que no?

—¡Toma! ¡Eso salta á la vista! La puerta de tu barraca tiene más entrañas que tú. ¿Ves? ¿Ves cómo se menea? Vamos, si parece que me está diciendo: «¡Ven, ven!...»

—¡Quico!...

—¿Oyes cómo gimotea porque no le hago caso?

—Son los hierros de los goznes, que les falta aceite.

—¡Tonica!... ¿No te fías de mí?...

—¡De mí es de quien no me fio!

—¿No sabes que soy tuyo hasta la muerte?

—¡Sí, hombre, sí!

La Saeta

—¿No sabes que me mata la pena cuando pienso que no me quieres?

—¡Ay, Quico!

Tonica se levanta y se pasa las manos por la frente.

Quico se levanta también; pero ninguno se mueve.

La situación comienza á ser crítica.

—¡Adiós, Tonica!—dice Quico con temblorosa voz.

—¿Te vas?—añade la hermosa huertana, andando lentamente hacia la barraca.

—Me voy... sí... ¡Me voy para no verte más!—dice el novio, siguiéndola sin darse cuenta.

—¡Pues adiós!...

—¡Adiós! ..

Y, como dos sonámbulos, llegan á la puerta, la traspasan, se miran con arrobamiento, y el viento, la casualidad ó el demonio los deja encerrados en la barraca.

* * *

Han pasado algunos meses. Quico no está en la huerta; se fué á la ciudad, y allí no da señales

de vida, al menos para su Tonica; para aquella que, haciendo caso de la copla y de las promesas de su amante, se había entregado á él tan amorosa como confiada.

Tonica está triste, muy triste. Las sendas más solitarias son sus paseos favoritos.

Todos sus pensamientos, todas sus lágrimas, van dedicadas al que tanto la prometió y de tal modo la dejó abandonada.

¡Qué ingratos son los hombres!

* * *

Junto á la acequia que riega su huerta pasea la desdichada.

Entre sus manos oprime una rosa blanca fragante y hermosa.

En este momento se escucha el rasgueo de una guitarra y una voz que canta la siguiente copla:

Si quieres bien la rosa,
no la deshojes;
pues perderá fragancia,
vida y colores.
Si tienes novia,
sigue el mismo consejo
que con la rosa.

Tonica escucha la copla sin apartar la vista de la flor, y, estampando en ella un purísimo beso, murmura con voz entrecortada por los sollozos:

—¿Por qué no cantaría Quico esta copla en vez de aquélla?

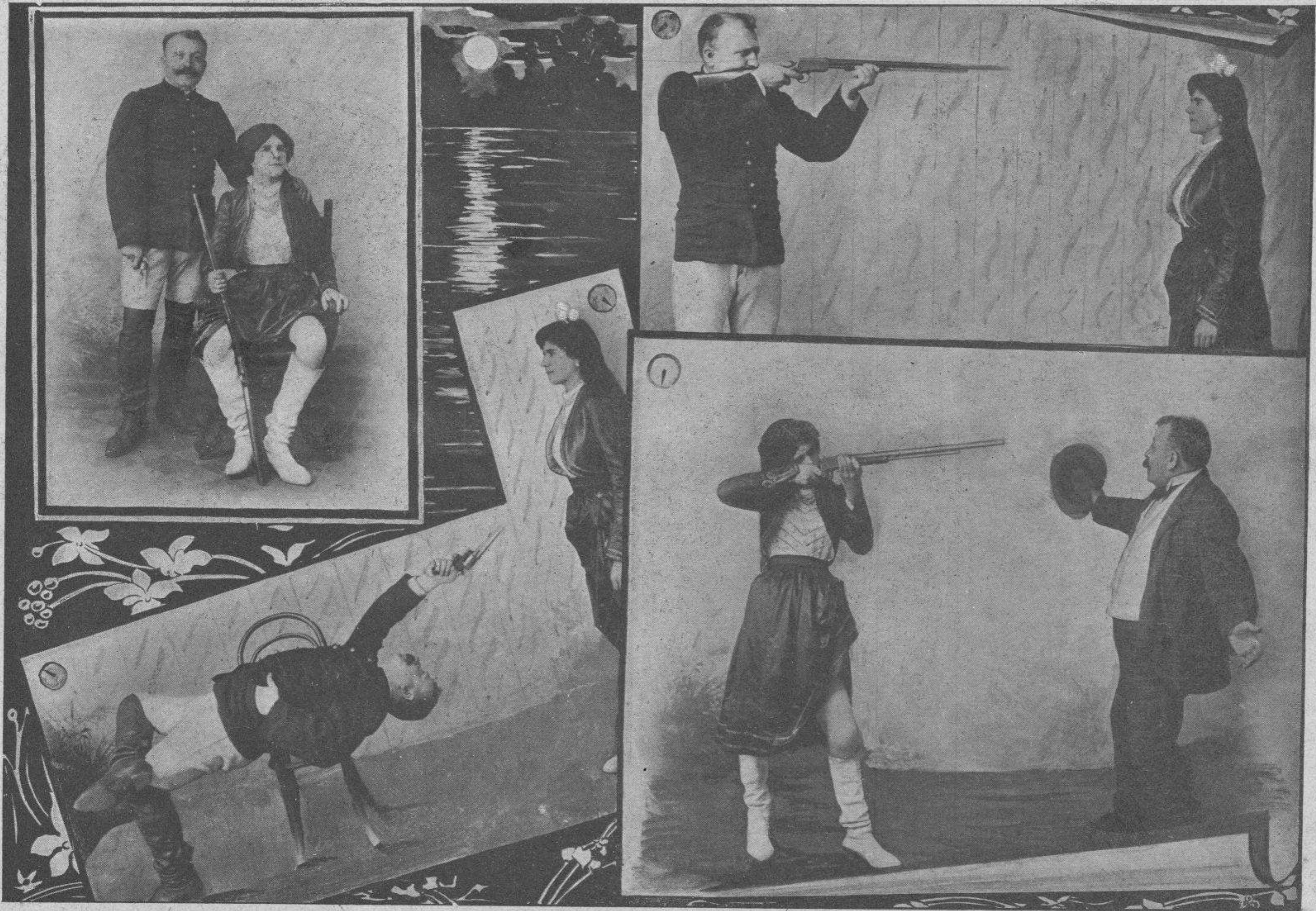


R. DE PALACIOS.



FANTASÍA FEMENIL

ACTUALIDADES



El Capitán Roberts, tirador campeón francés, y la señorita Manolita, en su arriesgado trabajo del blanco viviente.



Idilio de arte moderno
entre dos lindas palomas:

una pequeña que vuela
y una grande que no *vola*.

MEMORIAS



—¿A dónde vas?
—A dar clase de Gramática.
—¿Parda?
—No: tiene la pasta verde.



Este buen señor quiere casarse. Pero no lo hace hasta que alguna le entre por el ojo.



—Haga el favor de subirse el escote, sino voy a coger una pulmonía a la salida.



—Dile a mi mujer que no me espere a cenar ni a dormir.
—Está bien. Yo haré tus veces en la mesa y después... la entretendré.

LOS CUADROS

No tendría Pedrín más de quince años, cuando sus padres trataron de sacarlo del colegio, para que fuera conociendo poco á poco la sociedad en que vivimos.

Además, el chico no tenía ya nada que aprender en aquella pensión; razón poderosísima para que se decidieran á dar el paso que tenían pensado.

Pero ¿cómo sacarlo repentinamente de la sombra á la luz, sin previa preparación?



Esto también quedó solucionado eligiendo como punto intermedio entre el colegio y la vida activa de una gran población, la quinta de recreo donde su abuelo vivía contento y feliz, sin más sirvientes que dos criados viejos y sin más amigos que un potro castellano y dos hermosos perros de caza.

Pedrín llegó, loco de contento, al palacio encantado de su abuelito, que ya le tenía preparada la mejor habitación de la casa, decorada con lo más agradable que encontró á mano.

El chico y el abuelo fueron felices durante los primeros días. El viejo se extasiaba admirando la esbelta figura de aquel niño que, con el tiempo, llegaría á hacerse amar por las mujeres, como él en sus primeras épocas.

Debo hacer constar que el abuelo de Pedrín había sido un calaverón de tomo y lomo, y que,

La Saeta

ya cansado é incapaz para seguir la vida que había emprendido, se retiró á su quinta para descansar, durmiendo sobre un lecho de laureles y glorias pasadas.

Su sencillo palacio era un continuo recuerdo de sus pasadas locuras, y los cuadros que adornaban las paredes, retratos de mujeres hermosas que en su mayoría le habían pertenecido, aunque de un modo pasajero.

Pues bien: como decía, Pedrín, que, recién salido del colegio, presentaba las más saludables condiciones de vida y alegría, comenzó á perder el apetito y á enflaquecer visiblemente.

No le distraía la caza, ni las flores, ni los cuentos de su abuelo, hasta el punto que se pasaba los días enteros encerrado en su habitación.

Esto obligó al viejecito á escribir á sus hijos dándoles cuenta exacta de lo que ocurría, los cuales no tardaron en presentarse, acompañados de un médico, para que reconociera al pobre enfermo.

Creo inútil decir á mis lectores el efecto desagradable que produciría en los padres de Pedrín verle pálido y enteco, recordándolo con los bríos que abandonó el colegio.

El médico pulsó al joven, lo reconoció ligeramente y, sonriendo con naturalidad, exclamó:

—Esto no es nada.

—Pero ¿no ve usted que se transparenta el pobrecito?— prorrumpió la madre sin poderse contener?

—¡Calma, señora!— continuó el doctor.— Por ahora sólo receto

una buena vigilancia para el enfermo durante tres ó cuatro días, que bastarán para que se ponga y pueda ser trasladado á Madrid.

—¿Nada más?— preguntó el padre.

Entonces el médico, que ya había inspeccionado el saloncito, dijo, sin apartar la vista de Pedrín:

—Desde luego pueden trasladar esos cuadros á otra habitación.

Y señaló dos hermosos lienzos representando un par de mujeres de primer orden.

Pedrín se puso rojo como una amapola; sus padres se dirigieron una elocuente mirada, y el viejo murmuró por lo bajo:

— ¡Ah perras!... ¡Hasta en pintura me habéis sido infieles!



ESTÉTICA FEMENIL

DECIDIDAMENTE, en Madrid no le convenía casarse. Viviendo en la corte había llegado á comprender que la esposa buscada por el distinguido hombre público D. Luis de la Mina de Cuarzo no aparecía por parte alguna.

Las hijas de los títulos, tenían una frivolidad irritante; hablaban mejor de *toilettes* que de maridos, y entre éstos preferían los *snoobs* á cuantos tuvieran ocupaciones tan pesadas como las que supone haber, un padre de la Patria.

Dinero, sí tenían; ¡ya lo creol Esperanza sobre todas. Cortijos, villas, haciendas, torres, viñas, oteros, olivares, ¿qué sé yo? Pero la joven estaba amenazada de muerte, la anemia no la dejaría vivir, y eso de verse viudo, y viejo sin ningún revoltosillo que distraiga nuestros recuerdos, debe ser triste, muy triste, demasiado.

¡A otra! Veremos Filomena... Ésa tiene menos dinero, es caprichosilla, revoltosa, y de su árbol genealógico se dicen cosas que, á ser verdad... Vamos, que por donde salta la madre, lo hace la chica...

¿Y Lola? ¡Vaya una mujer! Ya entrada en años, formal, con esa formalidad que el celibato impone al bello sexo, porque bella sí lo era. No se casó por falta de dote. ¡Vivimos en una época tan positivista! Con aquella hembra po-

día casarse; pero... me supone un potentado, y si viera mi pobreza relativa me habría de dejar enfadada, y los enfados en ellas causan malos resultados...

¿Matilde?... ¡Qué disparate! ¡Una hembra que necesita siete vestidos por temporada!...

¡Y María! Esa, para un mes ó dos de relaciones, pudiera pasar. Es bonita, elegante, graciosa y muy coqueta. ¡Las mujeres coquetas sólo sirven para queridas!...

* * *

«Vente al pueblo y no seas niño. Carlota te conviene. En el pueblo no ha dado qué decir; es honrada, hacendosa, más rica que nosotros, y si no es una belleza, al menos estás seguro de que los colores de sus mejillas son naturales y no debidos al perfumista, como los de tantas jóvenes de la corte.

»Vente, que la muchacha te quiere. El otro día me enseñó la cinta que le diste cuando eras estudiante y ganaste en aquellas carreras. ¿Te acuerdas?

»Nuestra madre encargamuchosabrazos para ti, me pregunta cómo te mandará un escapulario que le regalaron las

monjas, pero yo le digo que, puesto que vas á venir...»

* * *

—¿Estarás satisfecho? ¡Pillo!

—¡Vaya si lo estoy!

—¡Qué mujer! Limpia como los chorros del



Traje alegórico de diosa loca para una zarzuela modernista que se estrenará la noche menos pensada.

La Saeta

oro; fresca como el agua de la Serranía; sana igual que los frutos de los pueblos, y decente, tanto como toda la demás familia...

—¡Cúidamela bien, yerno!

—La tendré siempre en palmitas.

—Cuidado con las impresiones fuertes...

—¡Qué cosas decís los viudos!

—¡El último beso, hija mía!

—¡Dios no lo quiera!

—¡¡ Señores viajeros, aal treen!!

—No llore usted, mamá.

—¡Adiós, adiós!

—Escribid pronto.

—¡¡ Abur!!

Y la serpiente de hierro, estirando una por una sus vértebras habitadas, fué poco á poco poniéndose en movimiento como si se desperezase. Salió con fuerza y alejóse de la estación, vomitando bocanadas de humo cada vez más negro, que al envolver los postes telegráficos, se disipaba en el aire dibujando sobre el azul del cielo grotescas hadas con ropajes largos, muy largos...

* *

La luna de miel transcurría dejando sumar felicidades á los enamorados Luis y Carlota.

¡Cualquiera diría que ella se educó en provincias! Sus ridiculeces fueron dejadas en ella, de igual suerte que se suelta un peso fuerte y molesto... Luis se felicitaba por la elección.

En Madrid (decía el político) no hubiera hecho mejor boda. Ella, era honrada, pletórica de cariño, demasiado mimosa y con unos ojos tan dulces, tan dulces que á veces causan empalago...

Iban los dos, del brazo, mirando altaneros al público que en la Castellana disfrutaba del ambiente otoñal, como si la pareja dijese:

—Ved por dónde pasa la felicidad conyugal.

Pero el público, por completo ajeno á tal ventura, seguía paseando indiferente.

Un oficialito de Ingenieros pasó cerca del matrimonio feliz. Los ojos de aquel militar buscaron los de Carlota y con alegre sonrisa saludó familiarmente.

El marido se quitó el sombrero, y, curioso por la sonrisita del teniente, preguntó á la esposa:

—¿Conoces á ese joven?

—¡Ya lo creo! Hace mucho tiempo.

—¿De qué? ¿Cómo? ¿Desde cuándo?

—Del pueblo Es hijo de los marqueses del Trigo.

—Y ¿de qué más

le conoces?

—De un detalle graciosísimo. Verás. Ese muchacho fué mi novio.

—¿Eh?

—Sí; tendría yo entonces doce años... Y él fué quien... ¡No puedo menos de reirme!... ¡Es tan gracioso!

—¡Sigue, mujer, sigue!

—¡Tiene la mar de graciosa!... Yo llevaba antes las ligas...

—¡Las ligas!—interrumpió fuera de sí el marido.—¿Qué tienen que ver?

—Sí; llevaba las ligas por debajo de la rodilla.

—¿Y qué?... ¿y qué?

—Que ese chico fué el que me las enseñó á poner bien, como se deben llevar, sujetando las medias por la parte baja del muslo...

El esposo, de rojo que estaba, se tornó lívido, y Carlota siguió diciendo con la mayor naturalidad:

—Ya ves tú. Después de todo, fué una lección de estética femenil...

E. PELÁEZ MASPONS.



—Al pedestal me han subido yo no sé con qué intención... Si ustedes quieren bajarme, yo les pagaré el favor.

CANITAS

A la Virgen del Rosario
le voy á encender un cirio;
¡que hice un favor una vez
y me lo han agradecido!

—
¡Ay! ¡Qué poder misterioso
tienen las olas del mar!
A veces hacen sentir.
A veces hacen gozar.

—
Rubia la quiero, madre,
rubia la quiero.
Así tendré en sus ojos
azul de cielo.

—
Ha dado en decir la gente
que nosotros nos queremos,

y juramos lo contrario,
y tú mientes y yo miento.

—
Vibraciones temblorosas
que arranco de mi guitarra;
alegrías de mi tierra
que hacen despertar el alma;
coplas de la Andalucía,
espejitos de su cielo...
Cada nota me parece
dulce murmullo de besos.

—
Me paso toda la vida
en busca de un ideal;
si lo consigo, lo dejo
¡por el placer de buscar!

Dejadme solito,
dejadme que lllore:
metida en la caja, vestida de blanco,
e visto á la pobre...

J. ENRIQUE DOTRES.



Esta sin igual belleza
está queriendo decir:

—Aquí hay sitio para otro.
¿Quieren ustedes venir?

Á NUESTROS CORRESPONSALES

Está al terminar, un precioso
cartel anunciador
de el

ALMANAQUE DE LA SAETA

Dicho
cartel, que será
un artístico cromo á seis
tintas, irá acompañando á los
pedidos que se nos hagan.  

Correspondencia

A. A. M.—*Orihuela*.—El artículo es inocentón y malito y los «Monos» malitos é inocentones.

J. A. C.—*Madrid*.—Se publicarán sus artículos.

F. L. P.—*Madrid*.—Ni nos gusta el artículo ni nos importa cómo se enamoró usted de Angeles.

TERSURA EN LA CARA Y MEJILLAS sin hundimiento se conserva hasta la vejez más avanzada con el uso diario del *Licor del Polo*, el más barato é higiénico de los dentífricos. Hecho acreditado por dos generaciones.

Ateniense.—*Madrid*.—Sus versos son regularcitos; pero, amigo, eso del *puñal de los ojos* nos parece mucha figura. Si se entera la Guardia civil, *cachea* á su adorada Elvira, y eso... ¡sería una lástima!

GRANOS EN LA CARA, brazos y cuello, se evitan siempre y desaparecen cuando los hay, friccionando en cuanto se notan, con Agua de Colonia de Orive, la más fina y barata del mundo. Frascos desde 3 reales. Litros hasta 4 ptas.

B. R.—*Almería*.—El «Soneto» es tan superior, que no nos atrevemos á publicarlo. ¡Ah! Expresiones al tío te niente cura.

EXÍJASE el *Bálsamo antirreumático de Orive* con la inscripción *Farmacia de Orive*, Bilbao, en vidrio y cápsula, y de color verdoso. 2 pesetas frasco, farmacias.

J. G. P.—*Cabra*.—Para *Rapidísima* es largo. *Tómela usted más corta*.

S. G. F.—*San Fernando*.—Los «Pecados Capitales» no nos resultan.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia
al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre.	6 pesetas.
Año.	11 »
Extranjero y Ultramar, un año.	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	


No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes —Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la
Cubeba y las inyecciones Cura los
flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades
de la vejiga; Cistitis del cuello,
Catarro de la vejiga, Hematuria.
Cada Cápsula lleva el nombre 

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

Charadas

I

Mi *segunda* con la *prima*
los jueces suelen usar
y mi *todo* es... una fiera
que por casa suele andar.

II

Primera segunda es *todo*
y *todo* es para leer;
creo que se deja ver
la solución de este modo.

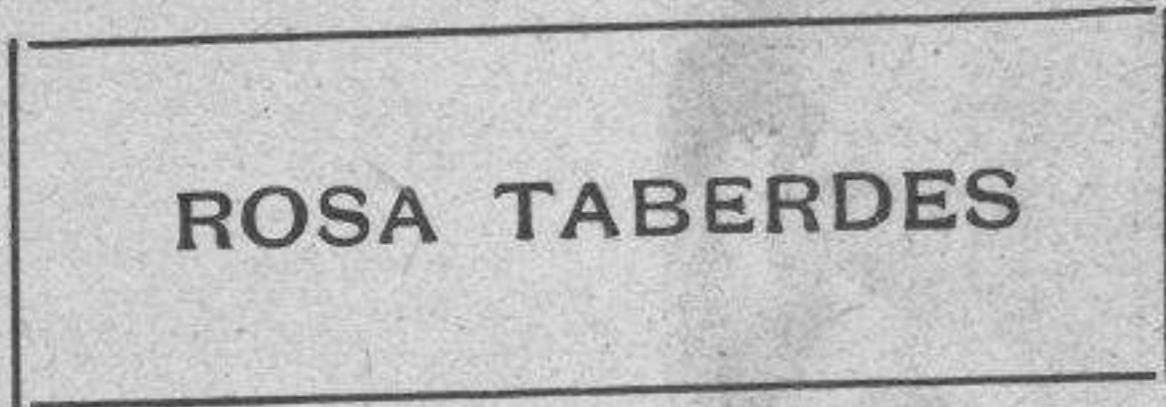
JOSÉ VALLÉS.

Jeroglífico comprimido



JUAN TALLADA.

Tarjeta



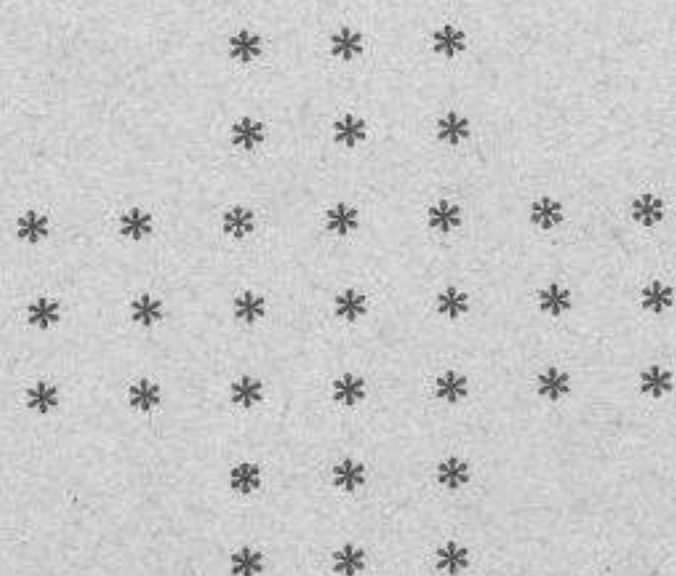
Combinar estas letras de modo que se lea el nombre
de una conocida y aplaudida tiple.

ENR QUE PASCUAI.

Logogrifo numérico

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 Vegetal.
- 4 2 3 5 2 7 2 9 Pueblo de la Habana.
- 8 9 4 2 8 6 1 Hortaliza.
- 1 2 3 8 6 7 Util de cocina.
- 8 9 4 2 1 Nombre de varón.
- 4 9 7 2 Animal.
- 6 4 6 Consonante.
- 2 3 Voz de mando.
- 3 Consonante.

Cruz latina



Substituir las estrellas por letras, de modo que leídas
horizontal y verticalmente resulten tres nombres de mujer.

MANDINGA.

Anagrama

ASIENTOS

Extraer dos vocales y una consonante, de manera que
quede el nombre de un animal (plural).

JUAN TALLADA.

Soluciones á lo insertado en el núm. 568

CHARADA.—Barcelona.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Pardiez.

TARJETA.—Pepita Alcácer.

LOGOGRIFOS NUMÉRICOS.—I, Artículos; II, Platero.

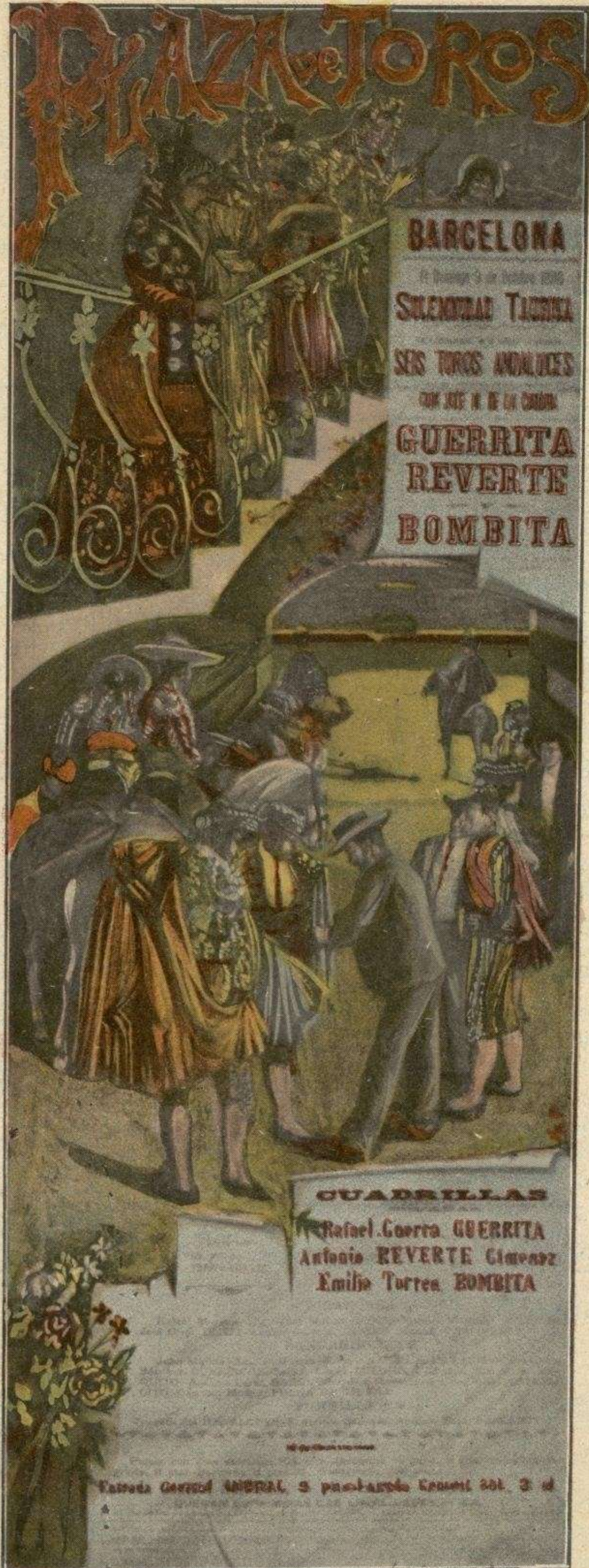
ANAGRAMA.—Caballa, Bacallá.

INICIAL ACRÓSTICA:

H A C E R
G A S
A R A
E M E
M E S
U N O
A C A
M A S
A L A
E V O
G L O B O



—No hay como ser empleado del gobier-
no. Los obreros se quejan porque no les
rebajan las horas de trabajo. Pues á mí el
ministro me las ha rebajado todas de un
golpe.





20. cénts.

Núm. 570

Miscelánea

Tenemos el gusto de advertir á nuestros lectores que doña Sebastiana Sola tiene á su cargo la corresponsalia de las siguientes publicaciones: *Heraldo de Madrid, El País, El Nacional, La Lidia, La Caza Ilustrada, Arte y Letras, Heraldo Taurino y El Suceso Ilustrado.*

Dirigirse al kiosco de la Rambla, número 3.

COCINA CÓMICA

Tostada conyugal

Pides á tu esposa
dinero... si tiene,
diciéndola luego
que vas á quehaceres,
y que, por si acaso
temprano no vuelves,
sin cuidado alguno
tranquila se acueste.
Sales de tu casa,
buscas á la Irene,
á Dolores Cano
ó á la Juana Pérez,
te marchas con ella,
gozas, te diviertes...
y ésta es la *tostada*
que jugarle puedes.

J. A.



—Vamos tras ellas, que son nuestras.
—Pero, chico, me parecen demasiado grandes para nosotros.
—No lo creas. ¡Ya verás cómo menguan cuando se queden en traje de... casa!

En el cuartel:

Un artillero se acerca al jefe del cuerpo y le pide licencia por varios días.

El jefe le pregunta:

—¿Es para asuntos de familia?

—No, mi coronel; es, sencillamente, que deseo volver por algunos días al seno de mi madre.

Utilidad de tener un hermanito:

Pepín:—Yo creía que era usted mudo, señor Rodríguez.

Rodríguez:—¿Por qué, Pepín?

—Porque mi hermana dice que todo el invierno ha estado esperando que usted hable.

—Cuando la familia de Josefina se enteró de que Julio era tan rico, fué cuando pensó en casarlos.

—Pues es inútil que piensen en esa boda. Julio no está por casorios; me consta.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque en cierta ocasión que le pedí dinero prestado, me dijo que lo sentía mucho; pero que no se casaba con nadie.

Ante el juez:

—Acusado: ¿confiesa usted haber robado valores del escaparate de un cambista?

—Sí, señor juez; pero estaba en mi derecho.

—¿Cómo?...

—En el escaparate había un letrero, que decía: «Valores públicos».

Hay que distinguir.

—¿Conque éste es el retrato de vuestro bello tormento?

—No, señora; ese retrato es de mi futura esposa.

En una feria:

Un individuo entra en un barracón donde se exhiben varios animales.

—¿Y la serpiente?—dice.—Hay anunciadas serpientes y no las veo.

—Están en el taller,—contesta el domador;—las están poniendo los cascabeles.

Entre filósofos:

—Creo en la metempsicosis y que mi alma, después de mi muerte, irá á parar al cuerpo de una bestia.

El segundo filósofo:

—No tienes necesidad de morir para eso.

(Sigue en la penúltima página)